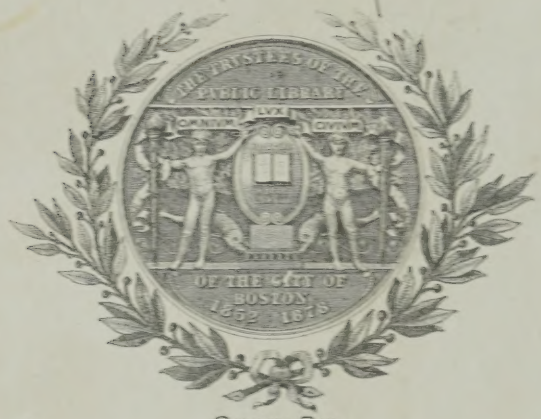
No. 431.0.196



GIVEN BY
Mrs. James M. Barnard.

NOV 25 1910
MAR -7 1911
1923
NOV 28

UN PROYECTO

DE

4310.196

LIGA HISPANO-AMERICANA.

A PROPOSITO

DEL

Congreso Pan-Americano.

Mrs James M. Barnard
Dec 2, 1904

PUBLIC LIBRARY OF THE CITY OF BOSTON

Un proyecto de Liga Hispano-Americana.

A propósito del Congreso Pan-Americano.

43/0.196

La reunión del Congreso Pan-Americano en la ciudad de México, puede ser el origen de un movimiento trascendental en la historia de los pueblos hispano-americanos, con tal de que en él se adopten medidas de importancia práctica. Si sus trabajos se limitan á aprobar resoluciones baladíes de carácter general, él puede convertirse en una especie de certámen de retórica sin resultado alguno, como lo fué el Congreso que se reunió en Madrid en noviembre del año pasado.

I.

El verdadero y más vigoroso lazo de unión de las naciones entre sí es el comercio. Pero el comercio reposa sobre mútuas necesidades, que natural y sencillamente se vienen satisfaciendo, cuando quiera que los mútuos intereses se armonizan.

El comercio es el cambio de productos, o sea que los países consumidores soliciten los frutos ó manufacturas de los países productores.

En tesis general, la posición y situación de los países hispano-americanos entre sí, no es favorable al natural desarrollo del comercio. La razón es sencilla. Los países hispano-americanos son todos, en lo general, exportadores de materias primas, en tanto que son consumidores de artículos manufacturados. Naturalmente, pues, la corriente del comercio se ha establecido con los grandes centros manufactureros, que son de una raza distinta. Hispano-América envía á los mercados de Europa y Estados Unidos todos sus productos naturales, para recibir en cambio los artículos manufacturados que aquellos países producen.

Desviar la corriente del comercio de su cauce natural, es una tarea colosal. Lo más que se podría tentar, sería mejorar los medios de comunicación entre los países hispano-americanos, á fin de estimular artificialmente las relaciones, y desarrollar así el consumo de las pocas manufacturas de origen hispano-americano, no menos que el mútuo consumo de los productos naturales de igual procedencia.

Desde luego, este estímulo apenas llegaría á producir un moderado incremento en las operaciones mercantiles. Pasará largo tiempo antes de que los países de Hispano-América, que hoy ensayan el papel de manufactureros, puedan competir ventajosamente con los países europeos y los Estados Unidos, que tan grande ventaja les llevan por los elementos de que disponen, en la forma de ciencia, arbitrios mecánicos, baratura y abundancia de la mano de obra, y facilidades para el transporte.

Irremediablemente, pues, la corriente comercial tendrá que mantenerse por largo tiempo con países de razas distintas, y las relaciones comerciales entre Hispano-América y aquellos países, tendrán que ser por muchísimo tiempo más estrechas, como lo son hoy, que con los países hispano-americanos entre sí.

Pero evidentemente vale bien la pena de ensayar un estímulo artificial que desarrolle el comercio, que estreche y multiplique las relaciones sociales, que nos haga conocer unos á otros y aprovecharse los unos de las lecciones que sus hermanos les ofrezcan.

Todos los países hispano-americanos tropiezan aproximadamente con idénticos escollos y gozan de idénticas ventajas en su modo de ser. Una más estrecha unión hará fácil el resolver problemás similares, y aprovechar ventajas que les son comunes, conforme sea el éxito ya obtenido. Ha sido un grande error en nuestra historia el aplicar á nuestros países instituciones y costumbres de naciones de distinto origen, que se adaptan mal á nuestro modo de ser. Los problemas hispano-americanos deben resol-

verse por métodos hispano-americanos, y no por métodos ingleses, ó franceses, ó norte-americanos.

Pero el estímulo en la forma de facilidades de comunicación, no sabría limitarse á elocuentes resoluciones. Sería necesario consagrar á tal empresa esfuerzos y desembolsos de no pequeña importancia.

II.

Sería preciso organizar una compañía de vapores, que desde Tampico ó Veracruz recorriese todos los principales puertos de la América española en los mares Atlántico y Pacífico, de modo que pasajeros y mercancías encontrasen facilidades para ser transportados de un puerto cualquiera á otro de Hispano-América, del modo más rápido y barato. Los viajeros á bordo de aquella línea de vapores deberían encontrar que en ellos se hablase la lengua castellana, que los alimentos fuesen adaptados al gusto hispano-americano y que los pricipales empleados perteneciesen á nuestra raza.

Y sería preciso construir la gran línea de ferrocarril Pan-Americano que, arrancando de Río Grande, en la frontera de México, llegase á Panamá dividiéndose allí en dos ramales que recorriesen la América del Sur hasta los límites de la Tierra de Magallanes. Estas dos empresas costarían ingentes sumas; pero ellas no están fuera del alcance de combinaciones de crédito y de ayuda oficial por parte de los gobiernos, y privada por parte de los individuos.

III.

El motivo dirigente para llevar á cabo la organización de estas empresas, no sería en primer término el de establecer una especulación provechosa. Ello, por el momento, parece excusado.

El motivo, ó el cimiento, sobre el que se edificarían estas empresas, sería el de estrechar los vínculos de las naciones hispano-americanas entre sí. A favor de ellas, se llegaría á formar de estos cuarenta millones de habitantes que hablan español y que tienen comunidad de aspiraciones, de sentimientos y de carácter, un grupo armónico, fraternal, imponente, que diese á nuestra raza la respetabilidad y posición que está perdiendo en el mundo.

Porque es evidente que Hispano-América está perdiendo su carácter propio, se está extranjerizando á paso rápido y no faltan indicios para juzgar que la raza anglo-sajona pueda venir con el tiempo á anonadar ó á aniquilar la raza hispano-americana en su propio territorio.

Si este resultado no es repugnante y si vale la pena de mantener en el mundo la influencia y personería de la raza hispano-americana, preciso será trabajar y gastar dinero. El espíritu de desorden está abriendo entre nosotros la puerta al extranjero: mientras nos despedazamos en insensatas guerras civiles, el dedo de la Nemesis histórica empieza á trazar el epitafio de la raza, que pudo ser grande y á quien sus errores sacrificaron.

IV.

Parecerá sorprendente el enunciar la organización de dos empresas comerciales de tan grande importancia como las arriba expresadas, dándolas por base el desarrollo de una idea, en vez de la aspiración á una ganancia material.

La aspiración al lucro honesto es natural, benéfica y de grande empuje en el progreso social. Pero es una aspiración inferior y egoísta, y como tal figura en la evolución humana en escala más baja que la aspiración al desarrollo de una idea cualquiera, que tenga por base el elemento de abnegación ó de prosecución del provecho ageno.

Este motivo de carácter altruista, entraña una fuerza de expansión infinitamente mayor que toda aspiración egoísta.

Lo dicho está confirmado por la historia.

El juicio histórico y el juicio individual de todos los hombres civilizados, venera y santifica á los bienhechores de la humanidad por sus esfuerzos en provecho ageno. Los filósofos, los mártires y los héroes, ocupan en la estimación de todos los hombres civilizados, una escala superior á la de los conquistadores, los tiranos ó los grandes especuladores y negociantes. Prueba esto que la conciencia universal reconoce en el altruísmo una escala superior al egoísmo. No parecerá, de consiguiente, ni absurdo ni imposible, el pretender enardecer á los hombres con aspiraciones ó ideales que conduzcan en primer término al bienestar de los demás.

Y más que ninguna otra es altamente susceptible nuestra raza á la operación de motivos abnegados. Pruébanlo con amplitud el ardor y el tesón de las luchas políticas. Porque toda conmoción política tiene por origen, en el fondo, un sentimiento generoso, extraño al personal provecho; el amor á su patria ó el amor á su partido. El sentimiento de abnegación existe hondamente grabado en el corazón de los pueblos hispano-americanos. Lo que falta es encaminarlo y dirigirlo en sentido civilizador y progresista: tal es la propaganda que se aconseja en el presente escrito.

El espíritu de especulación nace de aquella ley natural, tan admirablemente descrita por Darwin, que se llama la lucha por la vida, y en la cual el individuo, el ego, es el supremo objetivo: es decir, el egoísmo.

La consagración á una idea extraña al bienestar individual del agente, nace de aquella otra ley natural, tan bellamente descrita por el profesor Henry Drum-

mond y que él apellida "La lucha por la vida agena," es decir, el altruísmo.

Esta última ley es á la primera como el tronco del árbol es á su raíz, como las ramas al tronco, ó el fruto á la flor: un progreso ó desarrollo ascendente. Bueno es que el hombre trabaje por alimentarse; pero es mejor que trabaje por alimentar á los demás. Bueno es amarse á sí mismo; pero es mejor amar de igual manera á sus semejantes.

Gigantescas son las obras de la lucha por la vida: maravillosos sus frutos, sus combinaciones, sus fábricas, sus laboratorios y sus bancos é instituciones de crédito. Pero más marvillosas son aún las operaciones de una idea desinteresada cuando ella se apodera de las cabezas de los hombres. Quiero citar solamente dos ideas: la idea patriótica y la idea religiosa: ambas de carácter altruísta, que entrañan algo distinto al provecho del ego actuario.

¿Qué portentos ó qué sucesión de portentos en la obra del personal engrandecimiento, pueden compararse á los portentos de trabajo, de abnegación, de sacrificio y de creación, que se deben al amor de la patria y al amor de la divinidad: á la idea patriótica y á la idea religiosa?

Basta citar la obra de todas las religiones, los primeros cristianos, los budistas y los estóicos, los cruzados, los nihilistas, los republicanos del siglo XVIII en Francia, los puritanos, los republicanos de la primera Roma, los patriotas de la Grecia antigua y nuestros grandes héroes en la guerra de Independencia. Todos ellos supieron sufrir y gastar dinero y morir por una idea, y todos ellos con tal tesón y tal abnegación y tal entereza, como no las despliegan los comerciantes y los banqueros y los fabricantes más acaudalados, ni cuantos obedecen tan sólo á la ley de la lucha por la vida.

V.

La idea altruísta, en cuanto se puede llamar su carácter topográfico, se desarrolla primero en el amor de la familia, más luego en el amor de las sociedades ó comunidades, sectas ó partidos á que uno pertenezca, luego en el amor de su pueblo nativo, más adelante en el amor de su raza y su patria, y por fin, en el amor de la especie humana, última y la más alta manifestación del altruísmo, el verdadero ideal de la idea cristiana.

En los tiempos modernos aparecen dos palpitantes ejemplos que ilustran la fuerza de coexión del amor á la raza. El uno es el pueblo judío, el otro es el pueblo italiano. De universal conocimiento es el amor intenso que todos los judíos abrigan por su propia raza y el maravilloso espíritu de fraternidad que ejercitan entre sí donde quiera y aún á costa de sacrificios y de penalidades sin cuento. La raza hebrea, perseguida y odiada en todas partes, encuentra eco simpático y ayuda material, á cualquier golpe recibido, en cualquiera región, por remota que sea, de parte de toda agrupación donde se congregan media docena de sus correligionarios.

La Italia de la edad media vivió destrozándose en luchas civiles y guerras internacionales, entre los varios países que la dividían, durante muchísimos años. Los partidos domésticos en cada pequeño Estado, no menos que las rívalidades de las naciones entre sí, mantuvieron por centenares de años, un estado de feroz y mútua persecución en toda la península.

Sea por la influencia de los grandes pensadores y hombres de Estado que iniciaron la propaganda de la unificación de la raza, bajo un sólo gobierno, ó sea por la obra misteriosa de fuerzas progresistas que trabajan en el fondo social, es lo cierto que los partidos internos y los odios internacionales, y los celos y ambiciones locales, vinieron lentamente á cristalizarse en el único y general sentimiento del amor á la raza, ó sea, la aspiración á la unidad italiana.

De aquel extraño apaciguamiento de las pasiones egoístas, es que ha surgido la gran nacionalidad italiana, que hoy se asienta ya con honra entre las potencias de primer orden.

Si establecemos una propaganda favorable al sentimiento de raza entre los pueblos hispano-americanos; si logramos animarlos con un vehemente deseo de elevar, de fortificar, de ennoblecer á nuestra raza; de hacer de ella agente de moralidad y civilización; de enlazarnos, unirnos, ayudarnos y aconsejarnos fraternalmente, llegaremos á desarrollar una poderosa falange, unida por el mútuo sentimiento de honor, de respeto y de amor.

Lo que se necesita es idear un plan de acción, organizarlo y llevarlo á cabo con persistencia.

VI.

Las repúblicas hispano-americanas llevan aproximadamente ochenta años de vida independiente y *soi disant* libre.

Ochenta años es número respetable en la vida de una nación: en ochenta años grandes cambios de progreso y desarrollo pueden ocurrir. Y, en efecto, en esos mismos ochenta años, el mundo ha presenciado el colosal engrandecimiento de la gran república americana; ha presenciado el fortalecimiento y desarrollo de la moderna idea republicana en Suiza, modelo de pureza y buen gobierno, pequeña y pobre, pero respetada á la par de las primeras potencias; ha presenciado la evolución del Reino de Italia, atrayendo á un solo grupo respetable y fuerte, mil antagonistas y belicosos Estados; ha presenciado á la Francia restablecerse de dos formidables invasiones extranjeras,

y bajo la égida de la república recuperar en el mundo su bambaleante prestigio; ha presenciado en los últimos treinta años, al Japón tornarse de bárbaro imperio asiático, en modelo de próspero gobierno parlamentario.

En esos mismos ochenta años, las repúblicas hispano-americanas, con cerca de cuarenta millones de habitantes, con instituciones libres, con suelos y climas privilegiados, con poblaciones inteligentes y variadas ¿qué han hecho? ¿Cuál es su historia?

Lejos está de mi ánimo el poner en tela de juicio la magnitud del progreso efectuado en todas ellas y en unas más que en otras. Pero es la verdad que su progreso, dados los elementos con que cuentan, ha sido insignificante comparado con el desarrollo civilizador obtenido en otras naciones, como arriba lo he mencionado.

Si se recorre á vuelo de pájaro la historia de las naciones hispano-americanas, desde su independencia para acá, se verá que las grandes etapas que la caracterizan, no marcan acontecimientos de carácter verdaderamente civilizador. Estas etapas no son las de grandes descubrimientos, ó de notables obras de ingenio, ó de combinaciones de carácter político, social ó mercantil, que demuestren serio adelanto en la obra de diseminar el público bienestar ó la pública moralidad y riqueza.

Algo se ha logrado en ese sentido, es verdad; pero ello ha sido en pequeñísima escala. En cambio, aparecen dominando las épocas históricas de todas ellas, como monumentos tumularios, convulsiones sangrientas, crímenes y desaciertos políticos y económicos; tiranuelos y ambiciosos, en muchos casos verdaderos malvados, comparables tan sólo á los emperadores romanos de la decadencia, ó á los déspotas del Bajo Imperio. Semejante al Océano, la historia de Hispano-América se cuenta por sus tempestades. A veces favorecen el sol y un tiempo bonancible algunas de sus latitudes, para caer de nuevo presa de la lluvia y de los huracanes. Nadie crée en el día de mañana. En medio de la calma temporal que favorece algunas regiones, el oído de los pensadores experinmentados alcanza á escuchar el lejano rumor de la tormenta que se acerca.

VII.

¿Cuáles son las causas radicales de una situación tan aflictiva?

En mi opinión ellas son conocidas y sencillas. Cualquiera hispano-americano de mediana educación las menciona frecuentemente en sus conversaciones particulares.

Las causas son la ignorancia y la falta de moralidad política.

Los gobernantes cometen graves errores por su ignorancia en la administración pública y por el censurable deseo de mantenerse en el poder. Los pueblos, desesperados é impacientes por los malos gobiernos, que les roban ó falsifican el sufragio, ó acaso estimulados por el deseo de poner en el gobierno á su partido, buscando remedio al mal, se lanzan en una revuelta á mano armada. Toda revolución entraña el predominio, temporal á lo menos, de la violencia y de las malas pasiones: resultado, que la revolución, en caso de triunfar, trae á la superficie, ó sea, á dirigir el gobierno, á individuos que, si bien se han distinguido por cualidades ó rasgos de carácter que pueden ser muy buenos en el campo de batalla, carecen de las cualidades necesarias para administrar la cosa pública en tiempo de paz. Estos individuos, naturalmente, gobiernan mal, tiranizan á sus enemigos, así como fueron tiranizados ellos mismos, y en consecuencia sobreviene una nueva revolución. De todo esto resulta un círculo vicioso, que podría citarse como la síntesis histórica de Hispano-América: "Malos gobiernos que enjendran revoluciones y revoluciones que engendran malos gobiernos."

Cuando los pueblos se convenzan de que revoluciones sucesivas, en vez de curar, empeoran los males públicos, entonces veremos la aurora de mejores tiempos. Porque grande razón tenía Franklin cuando dijo: "No hay buena revolución ni mala paz." Moralizar la política y matar el espíritu revolucionario, son los dos resultados que debieran proponerse todos los hombres de bien en Hispano-América. Reunidos en el Congreso Pan-Americano representantes de todas las naciones de aquella raza, la ocasión parece propicia para iniciar tan interesante y fecunda labor.

VIII.

Muchos son los medios que podrían emplearse en prosecución de aquel resultado. Paso, sin embargo, á desarrollar uno, que en mi opinión podría ser eficaz. Sería para ello indispensable, como para el estímulo artificial al comercio, que se popularizase y se vulgarizase el entusiasmo por la raza; el deseo de elevarla y compactarla y el espíritu de fraternal sentimiento y de ayuda mútua entre todas las naciones Hispano-Americanas. En suma, sería preciso abrasarnos en el culto de una *idea*.

Si no somos capaces de olvidar un poco el personal engrandecimiento, de suerte que cada una de las naciones trabaje por el engrandecimiento de cada una de las demás, está perdido el porvenir de la raza. Busquemos la grandeza de nuestros vecinos y alcanzaremos la propia. Convenzámonos de que somos solidarios, y que el lodo que levantamos en una nación de Hispano-América, las mancha y las deshonra á todas.

Las leyes morales son implacables: su

violación lleva á la catástrofe, su cumplimiento conduce al progreso y bienestar. La fraternidad produce fuerza y vida: la división y el aislamiento estenuación y muerte. Un verdadero espíritu de fraternidad será el mejor baluarte contra las invasiones extranjeras. Las naciones, como los individuos, no se salvan sino por sus propios esfuerzos.

En mi opinión, para propagar la ideas de ilustración y moralidad y obtener por ello buenos administradores y hacer felices á los pueblos, sería oportuno establecer, por cierto número de años, lo que yo llamaría una "Liga Fraternal" entre todos los países hispano-americanos, ó entre los que acepten la idea.

El objeto de esta Liga sería mantener constante comercio de ideas entre las naciones, de manera que hubiese frecuente comunicación entre ellas, que todas estuviesen impuestas de lo que ocurre en las demás, no solamente en lo relativo á la política, sino á la finanza, la industria, el comercio, la educación pública, la legislación, la beneficencia pública, vías de comunicación, etc.

Por este medio podría aceptarse ó adoptarse en una nación tal método industrial, ó comercial, ó fiscal, ó tal arbitrio educacionista ó filantrópico que hubiese tenido buen éxito en alguna otra.

Cada une de los países de la "Liga" debería sentirse observado y hasta cierto punto vigilado por todos sus hermanos, de suerte que la opinión pública obrase como elemento moderador en la conducta de los gobiernos y de los pueblos.

No solamente esto. El papel fraternal se extendería á buscar consejo y ayuda en caso de crisis interiores y á ofrecerlo expontáneamente cuando no fuese solicitado.

Crisis sobrevienen en el campo político industrial y social. Pero son las crisis de carácter político las que demandan mayor discreción y habilidad en nuestros países en momentos dados, á fin de evitar ó resolver las complicaciones interiores ó internacionales que culminan en el estado de guerra.

La guerra, y sobre todo la guerra interior ó civil, es el grande escollo en la vida de nuestros pueblos. Evitarlo sería el más precioso y apetecible resultado.

Con frecuencia sucede que las complicaciones políteas interiores se vienen acentuando ó agravando por mútuos errores de juicio ó de conducta entre el gobierno y el pueblo, hasta que se llega á tal grado de irritación, que la guerra se hace inevitable.

Si en el curso de inflamación se aplicase el emoliente de una intervención imparcial, amistosa y fraternal, de todos los miembros de la Liga, es evidente que en muchos casos se lograría evitar un desenlace sangriento.

Cualquiera que recorra los antecedentes de casi todas las convulsiones políticas de las innumerables que han afligido y afligen á Hispano-América, recordará que la crisis hubiera podido evitarse, en cierto momento, por una concesión oportuna, por omitirse algún paso de carácter violento, ó por alguna distracción provechosa en el espíritu público. Pero sucede que, sobrexcitados los ánimos, cuando el único consejero es la pasión, se cree por cada uno que los demás se hallan también abrasados por la pasión, y no se escucha sino aquella palabra que es simpática á nuestros ardores. Es en aquellos momentos que pudiera ser verdadera gota de aceite sobre las olas embravecidas, la palabra imparcial, discreta y fría de todo el continente aconsejando prudencia, moderación y sabiduría. Decía con razón el prudente y discreto general Grant: "There never was a time when, in my opinion, some way could not have been found to prevent the drawing of the sword."

Precisamente en estos momentos se prosigue en Colombia una guerra civil de dos años de existencia, que presenta variadas y múltiples complicaciones. En ella, la mayor parte de los protagonistas son hombres buenos y patriotas; pero merced á ignorancia administrativa, á mútuas desconfianzas y á impaciencias mal enfrenadas, la lucha se prosigue desastrosa amenazando á envolver hasta las naciones vecinas.

Cierto estoy de que en varios momentos supremos de esta lucha feroz, una intervención amistosa, autorizada y superior á las mútuas desconfianzas, habría logrado y aún lograría todavía evitar cruentos males en aquella desgraciada república.

IX.

El *modus operandi* de la Liga sería el siguiente:

Habría un periódico costeado por todos los gobiernos interesados, de precio moderado y de libre circulación por los correos. Este periódico tendría por objeto mantener viva y ardiente la idea de la unión fraternal de toda la raza hispano-americana. La propagación de las ideas generales de respeto al derecho, mantenimiento de la paz, oposición á la violencia, vulgarización de preceptos y ejemplos de moralidad pública y privada de sobriedad, economía y espíritu cristiano en las relaciones sociales; de métodos de educación, enseñanza é higiene pública y privada; conocimientos elementales sobre agricultura, industria y comercio; crónica de acontecimientos ocurridos en las naciones de la Liga que se refieran á la industria, las ciencias, educación, comercio, pública beneficencia y sanidad, etc., etc.

La política y la religión ocuparían limitado espacio y se concretarían á dar noticias sin comentarios.

Cada una de las naciones de la Liga

debería mantener *permanentemente* un agente diplomático en cada una de las capitales de las demás naciones.

El cuerpo diplomático de la Liga formaría en ella un "Consejo de la Liga," bajo la presidencia de uno de sus miembros.

Los agentes diplomáticos deberían mantener á sus gobiernos respectivos al corriente de los acontecimientos políticos, económicos, industriales, educacionistas y filantrópicos del país en que estuviesen acreditados.

Los miembros del Consejo, ya fuese individual ó colectivamente, deberían hacer conferencias y publicaciones, respecto á los métodos industriales, de comercio, educacionistas, higiénicos ó filantrópicos, etc., de sus respectivos países, á efecto de que se ensayasen por el público aquellos que fuesen aceptables. Deberían también tomar parte, en el país de su residencia, en todo lo relativo al desarrollo y organización de empresas de carácter filantrópico ó educacionista, pero siéndoles prohibido aceptar puesto alguno remunerado en ellas.

En suma, el "Consejo de la Liga" sería en cada capital instrumento desinteresado de ilustración y progreso, al propio tiempo que celoso vigilante y benévolo censor.

En caso de ocurrir alguna grave crisis industrial, comercial, sanitaria, social, política ó internacional, el Consejo en cada capital se ocuparía de intervenir, siempre de modo prudente y pacífico, á efecto de aliviar la situación y de prevenir el derramamiento de sangre ó cualquiera otra calamidad pública. Los detalles sobre el modo cómo esta intervención se efectuaría, serían materia de discreción en cada Consejo; pero desde luego el principio de arbitramento y transacción debería animar el espíritu de toda proposición ó paso que el Consejo tomase.

Es entendido que en estos casos la acción del Consejo se consideraría siempre como una acción colectiva: las sesiones en que de estos asuntos se tratase serían secretas y sería extrictamente prohibido el descubrir lo que en aquellas sesiones hubiese ocurrido, ó las opiniones emitidas en ellas por alguno ó algunos de sus miembros.

El respectivo ministro de Relaciones Extranjeras, tendrá obligación de concurrir, con voz pero sin voto, á las deliberaciones del Consejo, siempre que á ellas sea invitado por el presidente de él.

Desde luego, no sabría establecerse sanción alguna coercitiva para hacer efectiva la intervención. Ella debería limitarse á la sugestión de arbitrios pacíficos y civilizados, animados por espíritu de prudencia y justicia y llevando exclusivamente en mira los intereses y el bienestar del país á que se aplicasen.

En caso de escandalosa violación de la justicia y de absoluta desatención á los esfuerzos de la Liga, ya fuese en cuestiones interiores ó internacionales, el Consejo respectivo podría lanzar una protesta y en último caso expeler de la Liga á la nación culpable y retirar sus representantes en ella.

Evidente es que el ejercicio de la intervención requiere dotes de prudencia, habilidad y discreción poco comunes. En consecuencia, los representantes de las naciones deberían ser escogidos con esmero, tanto para evitar ligereza en la acción, como para que cada nación lograse aprovechar en su seno un gran foco de luces, de ilustración y sabiduría. Estas dotes se vendrían á sintetizar en el carácter y alto mérito de los representantes diplomáticos. Así habría en cada capital un centro vigoroso de toda la raza hispano-americana irradiando la mayor suma de luz y de sabiduría.

X.

El plan propuesto entraña tres empresas de carácter fiscal que deberían ser cuidadosamente atendidas. La dirección del periódico, la empresa de navegación y la empresa del ferrocarril transcontinental. Cada una de estas empresas debería estar sometida para su organización y vigilancia, á un "Consejo de la Liga," á fin de que ella tuviese idéntico carácter internacional y fraternal.

Para organizar cada una de ellas debería escogerse el consejo de aquella nación que tuviese mayores elementos ó facilidades para proseguir la obra. Desde luego, el gobierno de la nación á que tal Consejo perteneciera, tendría intervención en todas las operaciones del Consejo en su carácter de junta directiva de una empresa fiscal. Esta intervención se ejercería, ya fuese por el ministro de Relaciones Exteriores, ó por un agente especial nombrado por el gobierno. El Consejo respectivo trazaría el plan general de organización de la empresa, los detalles sobre suscripción pública y oficial de los gobiernos, las combinaciones de crédito que deberían darle fuerza y vida, y la designación ó modo de elección del personal administrativo.

En mi opinión, el "Consejo de la Liga" residente en México debería tener á su cargo el ferrocarril transcontinental; el Consejo residente en Buenos Aires, la empresa de navegación, y el Consejo residente en Santiago de Chile ó en Bogotá, la empresa del periódico.

XI.

No se me oculta que la novedad y amplitud del plan que imperfecta y someramente he trazado, aparecerá á primera vista utópico é irrealizable. Si se medita sin embargo, en el espíritu que lo anima, se verá que, si no es el único que pueda alcanzar el fin que se desea, sí es

uno que describe un método de acción definido y práctico.

La situación de Hispano-América se sintetiza en dos fenómenos: aislamiento de sus naciones entre sí y espíritu revolucionario. Con una raza tan ardiente, tan espiritual, tan sentimental é inteligente como la nuestra, lo contrario debería ser la natural situación: Unión, estrechez y cordialidad de relaciones, comercio, fraternidad y mútua ayuda: paz, buen gobierno, cultura, civilización y progreso.

La unión y estrechez de relaciones se producen principalmente por el comercio, pero como las naciones hispano-americanas carecen hoy (como ya se ha demostrado) de los elementos necesarios para un activo comercio mútuo, es evidente que se deben estimular las relaciones artificialmente. Si ellas no tienen como base, por ahora, el atractivo del lucro, que tengan siquiera el de los viajes, el estudio, el placer, el mútuo conocimiento y las lecciones que mútuamente puedan aprovecharse. Así los particulares no solamente cultivan las relaciones venales de sus banqueros, sus asociados, sus proveedores y sus inquilinos, sino más cordialmente aún las relaciones sociales de sus parientes, sus amigos, los literatos, los pensadores y los artistas de su círculo.

Los buenos gobiernos no pueden aparecer en los países republicanos, sino con la ilustración pública y con la pública moralidad, ó sea con la educación, en su completa acepción. "La república necesita la educación pública como salvaguardia de la libertad y el orden:" esta inscripción se halla á la entrada de la Gran Librería Pública de Boston, y en ella se encierra el secreto de la prosperidad y de la moralidad del Estado de Massachusetts. Con la ilustración general, los pueblos aprenden á conocer y defender sus derechos, perdiendo los agitadores públicos su fértil campo de acción, que es la ignorancia popular. Con la pública moralidad el número de los que violan maliciosamente las leyes, tiene naturalmente que extinguirse poco á poco.

Pero la obra de ilustrar y moralizar un pueblo, es de lentísimo y remoto resultado, en tanto que el cáncer de los malos gobiernos y de las buenas revoluciones está tomando tal desarrollo, que amenaza seriamente la independencia. Merced á él se corre á mayor y más completo aislamiento, no menos que á una acentuada diversidad de ideales y al desquiciamiento de la unidad de raza.

En tal situación, sólo una grande y generosa idea puede imponer una moralización pública: esa idea es la de la fraternidad, la mútua ayuda, el mútuo consejo y el mútuo enfrenamiento de las pasiones desbordadas. Los hombres pueden no practicar la moral cegados por la pasión, pero esto no impide que sepan aconsejar bien y que comprendan cuando sus vecinos se apartan del recto camino. La fraternidad, ejercitada como se expresa, vendría á ser foco de luz para todos y ya se sabe que la luz es el enemigo del crimen y de las conspiraciones, que trabajan en las tinieblas y crecen en la reducida y escondida esfera del círculo local.

XII.

El proyecto que este escrito desarrolla no se halla fuera del programa del Congreso Pan-Americano, puesto que en la lista de asuntos de que se ocupará, se encuentra el que las encabeza, que dice así:

"Medidas que tiendan á conservar la
" paz y á fomentar la prosperidad de los
" diversos Estados americanos."

La idea de la "Liga Fraternal," errónea ó no, es evidente que se encamina derecho á fomentar la paz y la prosperidad de las repúblicas hispano-americanas.

Pero es la verdad que este proyecto se limita á las repúblicas independientes de origen hispano-americano, es decir, á poblaciones que hablan la lengua castellana.

El motivo que me ha llevado á esta limitación, tiene doble carácter.

Por una parte, sufriendo la raza hispano-americana los graves males que la afligen en la forma de creciente aislamiento entre los países que á ella pertenecen, y de alarmante intensidad en el espíritu de guerra y desorden, he creído que sería oportuno en estos momentos, elevar una voz, por débil que sea, á fin de que nuestra raza tome seriamente en consideración algún proyecto de carácter práctico, que tienda á mejorar las dolencias mencionadas.

Por otra parte, sería absurdo pretender que se sometiesen á este plan las dos grandes repúblicas americanas, los Estados Unidos de América y del Brasil, que forman parte del Congreso Pan-Americano.

La base de este proyecto es la propagación de la idea fraternal y de mútua ayuda entre los miembros de una sola y misma raza, que sufren de idénticas dolencias y que están unidos, á parte de mil otros lazos comunes, por el mayor de todos: la comunidad de idioma.

No sería difícil que los hispano-americanos lograsen unirse en el propósito de engrandecer su propia raza, en tanto que los portugueses y los anglo-sajones se hallan fuera de la esfera de acción y de la necesidad de tal idea. Esto sin contar la diversidad de lenguaje, que por sí sola es poderoso escollo cuando se trata de una acción común.

Pero la adopción de la idea unitaria ó fraternal por los hispano-americanos, no sabría entrabar los demás objetos del Congreso, que pueden proseguirse con evidente beneficio común.

XIII.

En cuanto á los Estados Unidos, es de todo punto imposible una estrecha alianza con ellos, de la naturaleza expresada. Ella sólo puede existir entre miembros de una familia y en aproximada igualdad de condiciones. Los Estados Unidos, con su inmenso poderío en la forma de recursos materiales é intelectuales, no podrían ocupar una posición de igualdad y tendrían que asumir irresistiblemente la de potencia preponderante ó la de potencia protectora.

Pero también es evidente que el fortalecimiento y progreso de la raza hispano-americana, no pueden ser mirados por su poderoso vecino sino con ojos simpáticos y alentadores. Los Estados Unidos son, sin disputa, la nación más progresista del mundo entero: en todo su pueblo la idea republicana y la del *self-government* son un canon político á que se rinde culto sincero. Prueba de ello se encuentra en los primeros pasos que está dando para organizar ó ayudar á la organización de las poblaciones que han caído bajo su influencia por la guerra con España: Cuba, Puerto Rico y las Filipinas. Organización honrada y económica de las finanzas, transformación del estado sanitario de las poblaciones y vigoroso desarrollo de la educación pública, marcan hasta ahora su brillante camino en el papel de colnizadores.

La idea de conquista y expansión, no es para ellos un objetivo ciego, como lo fué para el imperio romano: es un desarrollo producido por las necesidades de su comercio. Prueba de ello es que fué solamente tras de más de veinte años de desorden y mal gobierno en Cuba, y después de haber ensayado proposiciones pacíficas, que los Estados Unidos se resolvieron, con repugnancia, á intervenir por la fuerza, con el objeto de asegurar sus relaciones internacionales y sus empresas comerciales.

Más fácil y provechoso es para los Estados Unidos el tráfico con pueblos cultos y bien gobernados en Hispano-América, que dominar por la fuerza poblaciones turbulentas y hostiles. Pero también es verdad que la gran fuerza, no digo solamente expansiva sino civilizadora de los Estados Unidos, tendrá irresistiblemente que formarse en la inmediata esfera de su influencia, una atmósfera favorable á la seguridad de las empresas industriales y comerciales que tienen que brotar en progresivo vigor de su riquísimo cerebro. Este movimiento expansivo, como la corriente de un río fecundante, será pacífico si no encuentra escollos en su camino; pero violento y agresivo al tropezar con ellos. Este poderoso vecino puede ser nuestro aliado y nuestro sostén, si tenemos orden y paz; pero puede convertirse en nuestro más inminente peligro, si las convulsiones políticas continúan. En prueba de lo dicho, basta fijarse en la cordialidad de relaciones que hoy reina entre los Estados Unidos y la república de México. Esta cordialidad se debe exclusivamente al excelente gobierno que ha logrado mantener allí el General Porfirio Díaz y bajo cuya sombra, inteligencia y capitales americanos están prestando ayuda al progreso y civilización de México. Todo el mundo comprende que hoy en día sería imposible poner en ejercicio con México la política agresiva que, tras de años de desorden y anarquía, vino á culminar en la guerra internacional y la anexión de California á la Unión Americana.

El problema que hoy se prepara con carácter agudo es el del Istmo de Panamá. Bien harían los colombianos de todos colores políticos, que ensagrientan aquella comarca, en meditar con verdadero patriotismo sobre los peligros que preparan y buscar una lección en la historia de California y de Cuba.

La opinión en Hispano-América es en lo general suspicaz y sordamente hostil á los Estados Unidos. Se mira en ellos un elemento fácilmente agresivo, y éste es un error. Los conflictos de Hispano-América con los Estados Unidos han nacido siempre de incidentes conexionados con las convulsiones políticas. La multiplicación de éstas tiene naturalmente que hacernos perder las simpatías de nuestro poderoso vecino. Así también el deudor impuntual pierde su crédito con el banquero que le facilita recursos. Seamos morales y justos, inspiremos confianza y tendremos en la gran república un fiel amigo y eficaz auxiliar para el desarrollo de nuestras riquezas naturales.

En estos momentos, el gran ferrocarril transcontinental, una de las bases principales para el buen éxito y desarrollo de la "Liga Fraternal" que se propone, aparece gozar de simpatía en los Estados Unidos. Si las deliberaciones del Congreso Pan-Américo conducen á una verdadera y práctica unión fraternal de la raza hispano-americana, creo evidente que los Estados Unidos prestarán á aquella empresa entusiasta y material apoyo.

Tengamos fe en la fuerza maravillosa de una grande idea y animémonos en el amor fraternal de nuestra noble raza.

Si ello se lograra, cierto estoy de que aquel espíritu vivificante resolvería por sí solo la lamentable complicación internacional que todavía subsiste entre Chile y el Perú. Los bravos vencedores en la guerra ocurrida entre aquellas dos naciones, no serán sordos á la voz de la fraternidad de raza, generoso ideal que se halla á la altura de las brillantes y sólidas virtudes que distinguen á los compatriotas del heróico O'Higgins.

IGNOTUS.

Boston, octubre de 1901.

with compliments from the author Ed. Cortes